

EL MALENTENDIDO EN LOS VASALLAJES DEL YO.

Gustavo Chiozza.

*“... decirse a sí mismo: «esto es lo que me persigue»;
y luego darse cuenta, casi al mismo instante,
que esto es lo que él persigue.”*

PAUL AUSTER¹

Es sabido que Freud siempre se esforzó por mantener la idea de conflicto a lo largo de sus sucesivas teorizaciones; la importancia del conflicto en la teoría radica en que es a partir de él que podemos comprender los motivos de la represión.

Sin embargo, tal como desarrollé al ocuparme del malentendido (G. Chiozza, 2000b), la teoría freudiana es suficientemente profunda como para poder invertir los términos y afirmar que el conflicto que motiva la represión (propriadamente dicha, o secundaria) es, en sí mismo, un malentendido surgido de la represión primordial.

Vistas así las cosas ya no necesitamos representarnos nuestra tarea como una encarnizada lucha contra la represión para lograr la emergencia a la conciencia del conflicto. Podemos pensar que se trata de deshacer un malentendido; es decir, cambiar el contexto de significación en el cual el conflicto se manifiesta como tal por uno más amplio, donde tal conflicto desaparece²; en otras palabras, resignificar.

Si bien la idea de conflicto se hace imprescindible para comprender el enfermar, su ausencia es igualmente imprescindible para comprender la acción eficaz que, en última instancia, es la meta de todo tratamiento psicoanalítico.

En este trabajo me propongo estudiar desde la perspectiva del malentendido el concepto psicoanalítico de los tres vasallajes del yo³. Creo que resulta más fructífero pensar que este concepto no alude unívocamente al modo en que “realmente” está construido el aparato psíquico sino que constituye el mapa que el yo, aún inmaduro, es capaz de hacer a partir de las vivencias en las que se halla inmerso. Este mapa, según pretendo demostrar, constituye un malentendido que dificulta el pleno desarrollo hacia la madurez afectiva y como tal debe ser trascendido⁴.

¹ Paul Auster, *La invención de la soledad*, pág. 115, Editorial ANAGRAMA, Barcelona 1994.

² Véase, por ejemplo, el desarrollo que hace Chiozza en su artículo “El falso privilegio del padre en el complejo de Edipo” (1977b).

³ “*Un refrán nos previene – escribe Freud (1933a, pág. 72-73) - que no se debe servir a dos amos al mismo tiempo. El pobre yo lo pasa todavía peor: sirve a tres severos amos (...). Estos tres déspotas son el mundo exterior, el superyó y el ello. (...) Así, pulsionado por el ello, apretado por el superyó, repelido por la realidad, el yo pugna por dominar su tarea económica, por restablecer la armonía entre las fuerzas e influjos que actúan dentro de él y sobre él. (...) Cuando se ve obligado a confesar su endebles, estalla en angustia, angustia realista ante el mundo exterior, angustia de la conciencia moral ante el superyó, angustia neurótica ante la intensidad de las pasiones en el interior del ello.*”

⁴ Dada esta hipótesis (que los tres vasallajes del yo provienen de un mismo malentendido) resultará un tanto artificial tratar por separado las relaciones que el yo establece con cada una de las tres instancias; no obstante esto creo conveniente tratar por separado el vasallaje

El superyó.

Freud sostiene que *“como precipitado del largo período de infancia durante el cual el ser humano en crecimiento vive en dependencia de sus padres, se forma dentro del yo una particular instancia en la que se prolonga el influjo de estos. Ha recibido el nombre de superyó. En la medida en que este superyó se separa del yo o se contrapone a él, es un tercer poder que el yo se ve precisado a tomar en cuenta”* (Freud, 1940a, pág. 144).

La dependencia infantil hace que la realidad del niño sea algo diferente a la realidad de adulto⁵. Mientras que en el adulto la satisfacción se obtiene por acciones eficaces en la realidad, que podríamos llamar de meta “directa”, en el niño cabe la posibilidad de obtener la satisfacción a partir de acciones eficaces “indirectas”; es decir, sobre los padres. Pongamos un ejemplo simple: si un adulto desea un automóvil deberá actuar sobre la realidad con acciones eficaces; ahorrar el dinero, conseguir un crédito⁶, etc. Un niño que deseara una bicicleta podrá recurrir a una acción destinada a obtener, no el bien en sí mismo, sino el favor de sus progenitores, por ejemplo ordenar su cuarto u obtener buenas calificaciones. Si luego los padres le compran la bicicleta, la acción habrá sido eficaz, pero “indirecta”.

Tal cual se desprende de la teoría freudiana, a medida que la presencia de los padres disminuye, el superyó (que como heredero del complejo de Edipo no es otra cosa que la “internalización” de los padres) prolonga la influencia de estos, facilitando la transición de la dependencia infantil a la madurez adulta. Al principio, para sobrevivir en una realidad que el niño desconoce, debe hacer lo que ordenan sus padres⁷; posteriormente, en ausencia de los padres, aún inexperto en el trato con la realidad, el adolescente⁸ hará lo que es “debido” (es decir lo que ordena su superyó, mediante la internalización de las voces de los padres); por fin ya adulto, experimentado en el trato con la realidad, el sujeto hará lo que crea conveniente asumiendo desde su yo la plena responsabilidad por sus acciones⁹.

al superyó.

⁵ Esta diferencia se hace más ostensible si consideramos al “animal humano” en su hábitat natural (si es que tal cosa existe). La vida en sociedad tiende a reproducir, parcialmente, la situación infantil donde el Estado y las Instituciones desempeñan un papel análogo al que desempeñaban los padres en la infancia.

⁶ También podría sostenerse que conseguir el dinero es una acción “indirecta”; esto se debe a lo señalado en la nota anterior: la sociedad funcionando (hasta cierto punto) como en la infancia lo hacían los padres del niño.

⁷ A los fines de ser esquemáticos no incluiremos en estas consideraciones al superyó heredado, al que consideramos, análogamente, la herencia de un mapa deficiente; o sea, un malentendido.

⁸ A los fines de ser esquemáticos hacemos una división un tanto artificial entre niñez, adolescencia y adultez; en realidad las distintas influencias se imbrican en los distintos aspectos de cada una de estas etapas. La adolescencia, sin embargo, resulta un período paradigmático de este pasaje dado que las “metas indirectas” comienzan a no servir para satisfacer los nuevos deseos con los que el adolescente se enfrenta; en efecto, los padres ya no pueden “darle” al hijo una novia o la estima de sus compañeros de colegio.

⁹ Cabe aclarar que esta transición no se lleva a cabo de manera completa ni en la misma medida en todas las personas (Véase, al respecto, la cita de Freud en la nota siguiente).

Hasta tanto el yo no se haya convertido en un experimentado conocedor de la realidad, sólo el placer por el amor de los padres y el temor por el abandono lograrán inclinar la balanza hacia el principio de realidad. Posteriormente, el influjo de los padres perdurará en el superyó con idénticas funciones. En los aspectos maduros de un sujeto adulto no parece necesario suponer la intervención del superyó¹⁰.

Hasta aquí podríamos pensar que el vasallaje al superyó es un vasallaje transitorio; los padres primero y el superyó después, funcionarían como un *buffer* que atenúa, durante un tiempo, la crudeza de la realidad, protegiendo al inexperto de daños que pudieran resultar irreparables. Pero si profundizamos en la cuestión, veremos que satisfacer a los padres (o al superyó) no constituye una verdadera oposición a satisfacer los deseos del ello o de la realidad. Veámoslo en detalle.

Al crear el concepto de superyó, Freud (1923b) reúne en esta instancia a tres conceptos que hasta el momento trataba separadamente: la observación de sí, la conciencia moral y el ideal del yo (1933a). Al revés de lo que ocurre con los tres mosqueteros (que en realidad son cuatro) estos tres conceptos son, en realidad, dos, ya que la observación de sí o bien se hace desde la severa "mirada" de la conciencia moral, o bien con los "ojos" exigentes e insatisfechos del ideal del yo.

La conciencia moral es, según Freud, el precipitado de las viejas representaciones de los progenitores: las voces que primero provenían desde afuera, como dijimos, ahora como superyó le hablan al yo del mismo modo que antes, los padres al niño (Freud, 1914c, 1923b, 1933a, 1940a).

Pero en cuanto ideal del yo, el superyó también proviene del ello¹¹; de aquí se desprende que el superyó no es para el yo un verdadero amo, un tercer poder, sino que él mismo es a su vez vasallo del ello y de la realidad. En términos metafóricos podríamos decir que el yo no es el ejecutivo de una empresa con tres socios sino con dos, el ello y la realidad; y estos socios comparten un mismo secretario, vocero o edecán: el superyó. Si el yo se inclina demasiado a los deseos del ello, el superyó como conciencia moral,

Como se aclarará más adelante, la perduración más allá de lo adecuado de este influjo caracterizado por las metas "indirectas", pasa a ser un mapa inadecuado para el trato con la realidad; es decir, un malentendido. Un ejemplo de tal situación se describe en el artículo "Acerca de la extorsión melancólica" (Chiozza y col., 1983c).

¹⁰ Como suele ocurrir, la letra del autor siempre es menos contundente que el recuerdo que tenemos de ella; escribe Freud: *"No deben concebir esta separación de la personalidad en un yo, un superyó y un ello deslindadas por fronteras tajantes (...) Tras haber separado, tenemos que hacer converger de nuevo lo separado. (...) Es muy probable que la configuración de estas separaciones experimente grandes variaciones en diversas personas, y es posible que hasta se alteren en el curso de la función e involucionen temporalmente. Algo de esto parece convenir en especial a la diferenciación entre el yo y el superyó, la última desde el punto de vista filogenético, y la más espinosa"* (1933a, pág. 74).

¹¹ Al respecto de este "doble origen" Freud aclara que: *"el superyó no puede desmentir que proviene también de lo oído, es sin duda una parte del yo y permanece accesible a la conciencia desde esas representaciones-palabra (...), pero la energía de investidura no les es aportada a estos contenidos del superyó (...) sino que la aportan las fuentes del ello."* (Freud, 1923b, pág. 53). Véase también el esquema del aparato psíquico que esboza Freud en la trigésimo primera conferencia (1933a, pág. 73).

con la voz de los progenitores, abogará por una mayor consideración de la realidad. Si el yo sólo atiende a la realidad, el superyó como ideal del yo, abogará por los deseos insatisfechos del ello. En otras palabras, el superyó no tiene voz propia; no desea otra cosa que lo que desea el ello o lo que manda la realidad.

El adolescente que cree que estudia para los padres, al madurar (si es que lo hace), descubrirá que todo el tiempo lo hacía para sí mismo; para “realizar” sus ideales. Perseguir el amor de los padres es perseguir también la satisfacción de los deseos del ello en tanto los padres han sido las primeras investiduras del ello¹².

En conclusión de todo lo dicho, **el vasallaje al superyó es un malentendido que encubre bajo el disfraz del deseo de los padres el conflicto más profundo entre los propios deseos y las exigencias de la realidad para llevarlos a cabo**. Vemos que aún permanece la idea de conflicto, centrada ahora entre las exigencias del ello y los límites que impone la realidad.

El ello y la realidad.

Como psicoanalistas, a los fines prácticos, solemos circunscribir el concepto de realidad como “aquello que se opone a los deseos”. Siguiendo esta concepción, trazamos un paralelo entre los vasallajes al ello y a la realidad y el conflicto entre el principio de placer y el principio de realidad.

No se nos escapa, sin embargo, que lo que llamamos principio de realidad no es otra cosa que un principio de placer mejorado; un principio de placer que, habiendo aprendido de la experiencia, atiende a la realidad a los fines de lograr una más acabada satisfacción de los deseos. A partir de esta obviedad, la tajante oposición entre la realidad y los deseos comienza a desdibujarse, dado que, en otras palabras, **el principio de realidad no es otra cosa que el principio de placer del adulto, maduro y eficaz**¹³.

Sin embargo en la medida en que continuamos llamándolo principio de realidad inevitablemente desembocamos en la conclusión (un tanto paranoica) de que la realidad, como si se tratara de un objeto malo, se opone a los deseos.

Si queremos comenzar a borrar la frontera que contrapone a la realidad con los deseos, vale la pena tomar en consideración dos cuestiones. La primera es que **la realidad es en el único lugar donde los deseos pueden**

¹² Como veremos en seguida, esto termina de cerrar el círculo; el ello ama a los padres en tanto ellos representan la posibilidad de tener en cuenta a la realidad y esto, que el yo inmaduro es incapaz de hacer, es necesario para la satisfacción de los deseos.

¹³ Otra simplificación que contiene una fantasía optativa es aquella que define al trabajo como la postergación del placer; si el placer, pleno y real, fuera posible, no sería necesario postergarlo. El trabajo es necesario cuando, sin él, el placer (aquel que satisface plenamente) no es posible; por lo tanto el trabajo es entonces el medio para alcanzar el placer y no aquello que lo posterga. La idea de postergación adhiere (como malentendido secundario) a la idea de sacrificio; y este, concebido como “moneda de cambio”, pretende asegurar la plena satisfacción independizándola de la eficacia alcanzada por el trabajo realizado. En un ejemplo: *“Merezco aprobar el examen dado que, pudiendo haber salido de vacaciones, me quedé estudiando”*.

satisfacerse. La segunda es que **los deseos del ello (y el ello mismo) son una parte importante de la realidad que al yo le toca vivir**¹⁴.

Resulta tentador pensar que tal oposición entre ello y realidad se trata de un malentendido, sobretodo si pensamos que “**aquello** que se opone a los deseos” bien puede ser “**ello** que se opone a los deseos”; es decir, una contradicción interna en el modo en que se experimentan (o se interpretan) los deseos del ello; en otras palabras, un malentendido primario surgido por la incapacidad del yo para interpretar los deseos que lo habitan (o, si se quiere, los deseos del ello)¹⁵.

Cuando hacemos mapas de la realidad, siempre parciales e incompletos, también cartografiamos esa “parte” de la realidad que llamamos ello; es decir, los deseos. Entonces cabe preguntarse: ¿hay deseos imposibles o la imposibilidad surge de una interpretación parcial que hacemos de los mismos; o sea, de un malentendido? Si el deseo surge de la fuente somática, ¿podemos desear volar cuando carecemos de alas? ¿Eso (ello) que deseamos y que interpretamos como “querer volar” no podría satisfacerse plenamente si lográramos hacer una mejor interpretación de lo que sentimos?

Atendiendo al hecho de que los deseos nacen de la fuente pulsional “somática”, todo deseo contiene una idea o mapa de su realización que el yo deberá interpretar (G. Chiozza, 2000a). Bien entendido, ¿qué otra cosa pueden desear de nosotros, el superyó o el ello (incluso a través de nuestros padres) sino que en el trato con la realidad nos desarrollemos en la plenitud de nuestra forma (Chiozza, 1986a)? En palabras de Freud (1940a, pág. 144.): “*Así las cosas, una acción del yo es correcta cuando cumple al mismo tiempo los requerimientos del ello, del superyó y de la realidad objetiva, vale decir, cuando sabe reconciliar entre sí sus exigencias.*” ¿No es esta una excelente definición de toda acción eficaz? Agreguemos algo más: una acción del yo que no satisfaga al mismo tiempo a estos “tres poderes”, no logrará satisfacer plenamente a ninguno, dado que los tres (otra vez como los mosqueteros) son uno.

El objeto para el cual se vive.

Frente a la incapacidad de asir lo inconmensurable del sentido último de nuestra existencia tendemos a repetir los modelos infantiles. De este modo el ello-mundo por el que vivimos (o quizás, por quien somos vividos), aquello por lo cual vivir, es malentendido y simplificado en una interpretación parcial. Según esta interpretación vivimos para un determinado objeto al cual damos luego una representación concreta; sea Dios, los padres, los hijos, el aplauso del público o la última voluntad del difunto. Nuestro deseo de vivir se transforma en el deseo de satisfacer a un objeto; con la fantasía de que su

¹⁴ Tal vez sea este el motivo por el cual Freud, en la trigésimo primera conferencia (1933a, pág. 73) modifica el esquema esbozado en *El yo y el ello* (1923b, pág. 26) dejando al ello “abierto” a la realidad.

¹⁵ En el citado trabajo sobre el malentendido (G. Chiozza, 2000b) vinculaba el malentendido primario con la represión primordial, aquella que, según Freud, actúa por contrainversión. Así podríamos pensar que lo que se opone a los deseos son otros deseos actuando como las contrainversiones; en otras palabras el ello se opone al ello.

bendición, nos gratificará infinitamente

La íntima vocación de trascendencia (Chiozza, 1983d), que concebimos contenida en el plasma germinal, queda reducida así a una versión pobre de la dependencia infantil y del complejo de Edipo. Pasamos, entonces, a sentirnos vasallos, sometidos a deseos que experimentamos como provenientes de los objetos.

El malentendido primario, que surge de nuestra incapacidad de hacer los mapas adecuados de la realidad y del sentido de nuestra existencia, se refuerza con el malentendido secundario de no asumir la responsabilidad por la materialización de nuestros deseos en la realidad (G. Chiozza, 2000b).

La responsabilidad por la realización del ideal se coloca, mágicamente, en el objeto “a cambio” de un sometimiento o sacrificio que el objeto, en realidad, no exige¹⁶. Dado que ese sacrificio no posee ninguna relación “directa” con la acción eficaz (Chiozza, y col., 1983c), reinstala el modelo infantil de las metas “indirectas”. La fantasía optativa oculta en este malentendido consiste en que el objeto se haga responsable por la materialización del ideal; y así, él se convierta en el verdadero vasallo, sometido a los reclamos del yo.

Bien mirado, sólo estamos sometidos a nuestro propio deseo de someter, en el malentendido de que ésta es la única manera en que podremos conseguir (exigir) la realización de nuestros deseos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

CHIOZZA, Gustavo (2000a)

“El afecto como símbolo de la acción”, en *Simposio 2000* del Instituto de Docencia e Investigación de la FUNDACIÓN LUIS CHIOZZA, Buenos Aires, enero de 2000.

CHIOZZA, Gustavo (2000b)

“Lo inconciente y lo des-conocido”, en *Presencia, transferencia e historia*, Luis Chiozza, Alianza Editorial, Buenos Aires, 2000.

CHIOZZA, Luis (1977b)

“El falso privilegio del padre en el complejo de Edipo”, en *Presencia, transferencia e historia*, Alianza Editorial, Buenos Aires, 2000

CHIOZZA, Luis (1983d [1982])

“Convivencia y trascendencia en el tratamiento psicoanalítico”, en *Psicoanálisis: presente y futuro*, Luis Chiozza, Ed. CIMP, Buenos Aires, 1983.

CHIOZZA, Luis (1986a)

¿Por qué enfermamos? La historia que se oculta en el cuerpo, Alianza Editorial, Buenos Aires, 1986.

CHIOZZA, L. ; CALIFANO, C. ; FONZI, A. ; GRUS, L. ; GRUS, R. ; MARZORATI, E. ; SCAPUSIO, J. (1983c)

“Acerca de la extorsión melancólica”, en *XIV Simposio del Centro de Investigación en Psicoanálisis y Medicina Psicosomática (CIMP)*, Buenos Aires, 1983.

¹⁶ Lamentablemente, del mismo modo que el falso privilegio del padre en el complejo de Edipo suele ser compartido, también por el padre, el malentendido de los vasallajes del yo muchas veces es compartido también por el objeto.

FREUD, Sigmund 1914c

“Introducción del narcisismo”, en Obras Completas, Tomo XIV, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1979.

FREUD, Sigmund 1923b

El yo y el ello, en Obras Completas, Tomo XIX, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1979.

FREUD, Sigmund 1933a

Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis, en Obras Completas, Tomo XXII, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1979.

FREUD, Sigmund 1940a

Esquema del psicoanálisis, en Obras Completas, Tomo XXIII, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1980.